

SERMONES SELECTOS DE
C.H.
SPURGEON

SERMONES SELECTOS DE
C.H.
SPURGEON

VOLUMEN - 2



editorial clie

MÁS DE 100
SERMONES COMPLETOS
Y SUS CORRESPONDIENTES BOSQUEJOS

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>



«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

© 2010 Editorial CLIE

SERMONES SELECTOS DE C.H. SPURGEON, VOL.2

ISBN: 978-84-8267-488-9

Clasifíquese: 328 - HOMILÉTICA: Sermones colecciones

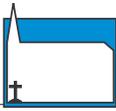
CTC: 01-04-0328-17

Referencia: 224612



Índice General

Prólogo	7
CAPÍTULO I. DOCTRINA DE DIOS	
1. Dios Padre	15
2. Jesucristo	57
3. Espíritu Santo	159
CAPÍTULO II. DOCTRINA DEL HOMBRE	
1. Estado pecador	171
2. Libertad	206
CAPÍTULO III. SAGRADA ESCRITURA	
1. Estudio de la Biblia	237
2. Parábolas	263
3. Personajes	278
4. Tipos y figuras	331
CAPÍTULO IV. SOTERIOLOGÍA	
1. Expiación	377
2. Justificación	410
3. Gracia	420
4. Arrepentimiento	454
5. Fe	498
6. Salvación	515
7. Regeneración	567
CAPÍTULO V. VIDA CRISTIANA	
1. Seguimiento	595
2. Discipulado	626
3. Oración	652
4. Edificación	707
5. Pecados	764
6. Educación familiar	797
7. Avivamiento	805
8. Santidad	835
CAPÍTULO VI. ECLESIOLOGÍA	
1. Ministerio	869
2. Dones	926
3. Predicación	934
4. Mayordomía	997
5. Evangelismo	1010
CAPÍTULO VII. ESCATOLOGÍA	
1. Cielo	1087
2. Infierno	1093



Índice Escritural	1105
Índice de Títulos	1107



Prólogo

El secreto de Charles H. Spurgeon

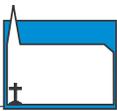
El día 7 de octubre de 1857 una enorme multitud de personas, 23.654 para ser exactos, se congregó en el Palacio de Cristal de Londres con el solo propósito de escuchar un sermón a Charles H. Spurgeon (1834-1892). Fue quizás el auditorio más grande al que se dirigió un predicador evangélico hasta esa fecha. ¿Dónde reside el secreto de Spurgeon para atraer tal cantidad de público, la clave de su éxito en una cuestión tan prosaica y, aparentemente, poco atractiva y nada espectacular como escuchar pura y llanamente un sermón religioso sin apoyo de recursos musicales ni visuales?

La verdad es que no creo que se trate de ningún tipo de secreto ni de ninguna clave cuyo desciframiento abra las puertas del éxito en la actualidad. Primero, porque cada época tiene sus modos y preferencias, y la época victoriana que le tocó en suerte a Spurgeon, se caracteriza por el gusto y la afición de la gente por los temas evangélicos. Los temas de predicación dominical se convertían en objeto de conversación en la peluquería o el mercado durante toda la semana, tal como hoy ocurre con los asuntos relacionados con el deporte o las estrellas del cine o la televisión. La nuestra es una época secularizada que no responde a la invitación evangélica sino después de muchos esfuerzos.

Dicho sea de paso, Spurgeon tuvo el privilegio de vivir la época dorada del cristianismo evangélico: la iglesias crecían numéricamente, los candidatos al pastorado abundaban, la misiones se extendían por todo el planeta y parecía cercano el día del triunfo universal del Evangelio. En contraste con nuestros días, cuando el islam parece un amenaza creciente, entonces permanecía como una religión sumida en el letargo y la decadencia: «Contemplad la religión de Mahoma –dice Spurgeon–. Durante más de cien años amenazó con subvertir los reinos y trastornar el mundo entero; mas, ¿dónde están las espadas que brillaron entonces?, ¿dónde están las manos que asolaron a sus enemigos? Su religión se ha convertido en algo viejo y gastado; nadie se preocupa de ella, y el turco, sentado en su diván con las piernas entrelazadas y fumando su pipa, es la mejor imagen de la religión de Mahoma: vieja, estéril y enferma. Pero la religión cristiana permanece tan lozana como cuando comenzara en su cuna de Jerusalén» (*Un pueblo voluntario y un guía inmutable*, II, 1).¹

En segundo lugar, lo que se llama secreto o clave no es, en lo que se refiere a los temas cristianos, una cuestión oscura o inaccesible sólo disponible para algunos elegidos. Hay mucho de equívoco, y hasta de engaño, en la búsqueda del secreto de esto o de lo otro, que hace que algunos se encumbren con la fórmula que todo resuelve. La religión siempre está tentada por la magia, que es una forma sutil de idolatría. Hablando en términos espirituales, el secreto de la vida cristiana, de la paz, del gozo, del ministerio, es un secreto a voces. Consiste en algo tan sencillo como ser cristiano. Simplemente eso, dejar que Dios sea Dios y el Evangelio sea el Evangelio, no imponerle fórmulas ni cargarlo con misterios que

¹ Lo mismo constató, algunos años después, la intrépida viajera británica Freda M. Stark (1893-1993), en su libro *Los Valles de los Asesinos*. Ed. Península, Barcelona 2001, ed. org. 1936.



bajo la excusa de la *sana doctrina* impiden que el mensaje de Jesucristo se manifieste, desde la sencillez, en la pluriforme riqueza de su contenido que «hace nuevas todas las cosas» (2 Co. 5:17; Ap. 21:5), haciendo que cualquier manifestación del Espíritu pase por el tamiz de la tradición de los ancianos.

Ahora bien, es del todo cierto, que es una época de gigantes del púlpito evangélico, Spurgeon los rebasa a todos en el tiempo, conservando sus sermones la frescura y el poder espiritual de antaño. Alexander Maclaren (1800-1910); Henry Melville (1800-1971), Joseph Parker (1830-1902); F.W. Robertson (1816-1853); F.B. Meyer (1847-1929); Phillips Brooks (1835-1889); A.T. Pierson (1837-1911); y muchos otros destacan en las páginas de la historia de la predicación cristiana por el contenido de sus mensajes y su poder de atracción. A su manera todos fueron grandes. Pero lo fueron en su día, mientras que Spurgeon sigue gozando de la estima de miles de creyentes en todas las partes del globo como si de un contemporáneo se tratase. Y esto es así por una razón muy sencilla, sus mensajes exhalan lo mejor del mensaje evangélico de todos los tiempos.

Evangélico de evangélicos

En este punto reside no tanto el éxito como la perennidad del legado de Spurgeon. Encarna con nadie el espíritu evangélico heredero del avivamiento británico de Whitefield y Wesley, fuente y matriz del amplio y diversificado mundo evangélico moderno, que, pese a sus diferencias, y por encima de ellas, coincide en unos cuantos puntos básicos que identifican y distinguen el modo de ser evangélico de cualquier otra expresión del cristianismo habido y por haber.

En principio el cristianismo evangélico va más allá de las fórmulas doctrinales, no importa lo correcta y ortodoxas que sean, para indagar en el estado del corazón, regenerado o irregenerado. Profesante de una fe o un credo, o «nacido de nuevo», según la fraseología del Evangelio de Juan. Evangélico es, ante todo, quien en el umbral del cristianismo coloca el llamamiento a nacer de nuevo, *necesidad* primera, sin la cual todo lo demás resulta vano y, al final, condenatorio. Esta enseñanza se halla primeramente en la Biblia misma, luego en Lutero,² y después en George Whitefield, y así hasta nuestros días. De tal manera caló está *necesidad* en las iglesias de la Reforma, que desde entonces nada se considera más aborrecible que un ministro o pastor irregenerado, no importa lo instruido que esté en teología o la perfección con que efectúe los servicios sagrados.

En segundo lugar, y siguiendo esta línea de pensar y proceder, evangélico es quien busca la salvación de los demás por el mismo sistema que a él le ha hecho salvo: el nacimiento de nuevo. La doctrina en un paso segundo en relación al primer paso de la experiencia de la conversión.

Por ello, y en tercer lugar, el celo evangelístico es característico del evangélico, por el que busca que, tanto cristianos nominales como personas ajenas al cristianismo, lleguen a *experimentar* el nuevo nacimiento, consistente en comprender la gravedad del pecado en uno mismo, por un lado, y grandeza de la obra amorosa de Dios en la muerte de Cristo en favor del pecador, por otro.

De tal modo que, en cuarto lugar, las llamadas doctrinas de la salvación ocupan el lugar central del mensaje evangélico, en especial las que tienen que ver con el arrepentimiento y la fe, por parte del hombre; y la muerte substitutoria de Cristo en la cruz, por parte de Dios, el cual es justo pero justifica al impío solamente por la fe, no por las obras.

² Véase Martín Lutero, «Evangelio de Juan, cap. 3», en *Comentarios de Martín Lutero*, vol. VIII. CLIE, Terrassa 2002.



En quinto, y último lugar, el estudio de la Biblia para refrendar su mensaje y como un medio para alimentar la nueva criatura nacida como resultado del encuentro personal con Cristo y la iluminación del Espíritu Santo, que incorpora a cada nuevo creyente en una comunidad centrada en la predicación de la Palabra, la comunión unos con otros, el partimiento del pan y el testimonio personal.

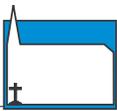
En Spurgeon, como en todo grand predicador evangélico, pero superándolos a todos en profundidad, extensión y convicción, laten, surgen, se manifiestan, cobran vida una y otra vez estos grandes temas o puntos que hemos mencionado. Hable de lo que hable, de Dios o del hombre, de la oración o de la teología, del estado de la Iglesia o del mundo, de la piedad o de las misiones, de los creyentes o los pastores, Spurgeon dirigirá siempre la atención de sus oyentes a los susodichos puntos que son como la carta de naturaleza del cristianismo evangélico y el mejor remedio de todos los males relativos a la hipocresía e inconsistencia de los cristianos. Pues solo cuando el corazón desconoce el «nacimiento de lo alto», u «olvida su primer amor», asaltan los conflictos a las congregaciones, enemista a los pastores entre sí, produce tristeza y malestar, pues al Reino de Dios se entre y se vive por el nuevo nacimiento (Jn. 3:3).

El corazón del Evangelio, dice Spurgeon, es que Cristo ha muerto por los pecadores, pero esto no significa nada si el pecador no puede añadir su pronombre personal y decir «por mí» y al decirlo, *sentir* como de su espalda se desprende el fardo del pecado y reconoce al instante que Jesús, y sólo Él es el único y suficiente Salvador, a partir de cuyo momento vivo por Él y para Él (Gá. 2:20). Conoce por experiencia que la gracia, no sus obras, incapaces de alzarse con el mérito o el derecho de la salvación, le abre la puerta del cielo y le da la completa seguridad de que pertenece al número de los elegidos, que nada ni nadie puede separarle de las manos del Padre. Todo esto, y poco más, es lo esencial del modo de ser y de vivir del cristiano evangélico. Lo demás es como una añadidura. La teología, las misiones, la asistencia social, el estudio, la iglesia, la ética, etc., existen como manifestación de una experiencia de gracia que, de parte del hombre, se vive como *nuevo nacimiento*, el paso de la muerte a la vida, de la oscuridad a la luz, de la condenación a la salvación.

La moral evangélica es ética de respuesta y gratitud. Se ama porque se ha sido amado, sentido el amor inabarcable de Cristo Salvador; se perdona, porque se sabe perdona por Dios; se sirve a los demás porque ha sido servido por Dios mismo; se sacrifica porque alguien, el Hijo de Dios, se sacrificó primero. La doctrina cristiana, tal como es desarrollada en el mundo evangélico, crece y se desarrolla en torno a estos puntos, nunca alejándose demasiado de ellos.

El cristocentrismo de la gracia

Spurgeon no fue, no es grande por el poder de su oratoria, por sus dotes naturales de retórica y oportuna ilustración de sus puntos de vista; tampoco por la apariencia de su persona o la modulación de su voz. De hecho, su apariencia personal no era atractiva, hasta donde podemos colegir por los informes que nos han llegado, no tenía magnetismo personal que algunos oradores poseen. Su voz era clara y poderosa, y podía oírsele muy bien en salón grande, pero carecía de la graduación de expresión de la que se han servido con ventaja muchos oradores. Spurgeon predicaba de un modo natural, sin ninguna afectación, y así enseñaba a hacerlo. Véase su sermón al respecto: «El don de hablar espontáneamente». Lo que distinguía realmente es la capacidad de concentrarse en Cristo sin dejarse aparte por cuestiones secundarias, y desde ahí cubrir todas las necesidades del corazón creyente y del pecador preocupado por su pecado.



La gracia soberana era predicaba por muchos, en especial la versión hiper calvinista cuyas críticas hubo de enfrentar, particularmente en lo que se refiere a la oferta indiscriminada de la salvación.³ «Algunos de nuestros hermanos –dice– que están muy ansiosos de llevar a cabo los decretos de Dios en vez de creer que Dios puede llevarlos a cabo por sí mismo, siempre están tratando de hacer distinciones en su predicación. ¡Predican un Evangelio a un conjunto de pecadores y otro a otra clase diferente! Son muy diferentes a los viejos sembradores que, cuando salían a sembrar, sembraban entre espinas y en los pedregales y junto al camino. Estos hermanos, con profunda sabiduría, se esfuerzan por encontrar cuál es la buena tierra. Insisten mucho en que no se debe tirar ni siquiera un simple puñado de invitaciones si no es en el terreno preparado. Son demasiado sabios para predicar el Evangelio a los huesos secos que están en el valle, como Ezequiel lo hizo mientras todavía estaban muertos» (*Grados de poder en el Evangelio*, I). En Spurgeon el anuncio de la gracia salvífica brota espontáneamente no de un sistema de decretos o pactos, sino del costado de Cristo, cuya sangre derramada testifica su amor por los pecadores. Estaba completamente seguro que la sangre de Cristo, es decir, su muerte sacrificial en la cruz, clamaba elocuente y suficientemente a favor de la conciencia pecadora. Ahora bien, en este punto, él se mantuvo fiel a los que creen que la sangre de Cristo sólo fue derramada por aquellos a quienes eligió para salvación.

«Ha sido siempre mi costumbre el dirigirme a vosotros con las verdades sencillas del Evangelio –dice en *La redención limitada*–, y raras veces he tratado de explorar en lo profundo de Dios», pero en aquello que Spurgeon considera suficientemente revelado en la Escritura, no duda en defenderlo y mantenerlo, aunque sea una cuestión impopular, todo ello en un espíritu pastoral, que busca el bien de sus oyentes: «La única pregunta que debe preocuparos es: ¿Murió Cristo por mí? Y la única respuesta que puedo daros: “Palabra fiel y digna de ser recibida de todos, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”. ¿Podéis escribir vuestros nombres detrás de esta frase, entre los pecadores; no entre los pecadores de compromiso, sino entre los pecadores que se sienten como tales, entre los que lloran su culpa, entre los que la lamentan, entre los que buscan misericordia para la misma? ¿Eres pecador? Si así lo sientes, si así lo reconoces, si así lo confiesas, estás invitado a creer que Cristo murió por ti, porque tú eres pecador; y eres instado a caer sobre esta grande e inamovible roca, y a encontrar seguridad eterna en el Señor Jesucristo» (*La redención limitada*).

Un príncipe admirado, pero poco imitado

Como ha ocurrido con todos los grandes iniciadores de movimientos religiosos, Spurgeon cuenta con más admiradores que con verdaderos seguidores de su ejemplo, no es un sentido de mera repetición o mímica, sino de continuidad creativa de sus principios, juicios y creencias. Unos se han quedado con el modelo calvinista del Spurgeon cuyo Evangelio está representado por las enseñanzas de Calvino y los puritanos al respecto. No hay duda que mucho de esto hay en Spurgeon: «Creo que Calvino –dice– sabía más del Evangelio que casi todos los hombres que han vivido, a excepción de los escritores inspirados» (*La redención limitada*, V, 1). Pero Spurgeon es el hombre que a la teología calvinista ha sabido sumar la calidez evangélica del metodismo primitivo: «Si lográramos predicar la

³ Véase Iain H. Murray, *Spurgeon v. Hyper-Calvinism. The Battle for Gospel Preaching*. The Banner of Truth Trust, Edimburgo 1995.



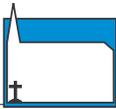
doctrina de los puritanos con el celo de los metodistas, veríamos un gran futuro. El fuego de Wesley y el combustible de Whitefield producirán un incendio que inflamará los bosques de error, y calentarán el alma misma de esa tierra fría» (*Sermones, su importancia*, IV, e).

Para otros, Spurgeon es un modelo de improvisación y espontaneidad en la predicación, sin artificios de erudición o de teología. Cierto, pero sin olvidar que Spurgeon fue un apasionado de la lectura y un gran amante de los libros. Para él, la improvisación y espontaneidad no están reñidas con lo preparación y el estudio, antes al contrario, «solo un ministerio instructivo puede retener a una congregación; el mero hecho de emplear el tiempo en la oratoria, no bastará. En todas partes los hombres nos exigen que les demos alimentos, alimentos verdaderos. Los religiosos modernos cuyo culto público consiste en la palabrería de cualquier hermano que tenga a bien pararse y hablar, van ya disminuyendo, y acabarán por dejar de existir y esto, a pesar de los atractivos halagadores que presentan a los ignorantes y locuaces, porque aun los hombres más violentos y extravagantes en sus opiniones, y cuya idea de la intención del Espíritu es que cada miembro del cuerpo debe ser una boca, se fastidian muy pronto de oír los disparates de otros, por más que les guste mucho proferir los suyos. La mayoría de la gente buena se cansa pronto de una ignorancia tan insulsa, y vuelven a las iglesias de las cuales se separaron, o mejor dicho, volverían si pudieran hallar en ellas buena predicación» (*El don de hablar espontáneamente*, I). No hay excusas para la falta de preparación, por razones más altas que se invoquen: «El Espíritu Santo nunca ha prometido suministrar alimento espiritual a los santos por medio de ministros que improvisan. El nunca hará por nosotros lo que podemos hacer por nuestras propias fuerzas. Si podemos estudiar y no lo hacemos; si la iglesia puede tener ministros estudiosos y no los tiene, no nos asiste el derecho de esperar que un agente divino supla las faltas que dimanan de nuestra ociosidad o extravagancia» (*El don de hablar espontáneamente*, I).

Por esta razón, si el pastor no puede disponer de libros por carecer de recursos suficientes para comprar el mayor número, la Iglesia deben esforzarse en ayudarle. De hecho, Spurgeon emprendió una campaña para que se estableciesen bibliotecas para los ministros, como cosa de primera necesidad. «Si se pudiera asegurar a los ministros pobres una pequeña cantidad anual para ser empleada en libros, sería esto una bendición de Dios así para ellos como para sus respectivas congregaciones. Las personas de buen juicio no esperan que un jardín les produzca buenas plantas de año en año, a menos que abonen el terreno; no esperan que una locomotora funcione sin combustible, ni que un buey o un asno trabajen sin alimento; pues que tampoco esperen recibir sermones instructivos de parte de hombres privados de adquirir buenos conocimientos por su imposibilidad de comprar libros» (*Ministros con escasos recursos para trabajar*, I,1).

«Sed bien instruidos en teología –dice en otro lugar–, y no hagáis caso del desprecio de los que se burlan de ella porque la ignoran. Muchos predicadores no son teólogos, y de ello proceden los errores que cometen. En nada puede perjudicar al más dinámico evangelista el ser también un teólogo sano, y a menudo puede ser el medio que le salve de cometer enormes disparates. Actualmente oímos a los hombres arrancar de su contexto una frase aislada de la Biblia y clamar: “¡Eureka! ¡Eureka!” como si hubieran hallado una nueva verdad, y, sin embargo, no han descubierto un diamante, sino tan solo un pedazo de vidrio roto» (*¡Adelante!*, I, 2).

Esperemos que la publicación de estos sermones atraiga la atención de pastores y creyentes por igual, de tal manera que su lectura y meditación con-



tribuya a reparar ese mal que consiste en dar culto de labios y no poner por obra lo que se alaba. Imitando la fe de los buenos discípulos de Cristo (1 Co. 4:16; 11:1; Ef. 5:1; Fil. 3:17; 1 Ts.1:6), estaremos mejor preparados para imitar el único modelo digno de toda imitación, a saber, Jesucristo, Salvador del mundo.

ALFONSO ROPERO



Capítulo I

DOCTRINA DE DIOS

**Dios Padre,
Jesucristo,
Espíritu Santo**



1. Dios Padre

1. MISERICORDIA, OMNIPOTENCIA, Y JUSTICIA

«Jehová es tardo para la ira y grande en poder, y no tendrá por inocente al culpable» (Nahum 1:3).

INTRODUCCIÓN: Luces y sombras en el carácter del Altísimo.

I. TARDO PARA LA IRA

1. Nunca castiga sin advertencia.
 - a) Muestra paciencia
 - b) Instruye
 - c) Amonesta
2. Lento en amenazas.
3. Lento en sentenciar.
 - a) Le amonesta
 - b) Le da tiempo a arrepentirse
 - c) Retarda la condenación
4. El estado de nuestras ciudades.
5. Él es grandioso.

II. GRANDE EN PODER

III. JUSTICIERO

1. Nada quedará sin castigo.
 - a) La escena del Calvario
2. Las maravillas de su venganza.
 - a) El Edén arruinado
 - b) El mundo ahogado
 - c) Sodoma
 - d) La tierra abriéndose
 - e) Las plagas de Egipto
4. Razones de su bondad

CONCLUSIÓN: No dormirse, sino clamar misericordia.

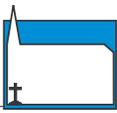
MISERICORDIA, OMNIPOTENCIA, Y JUSTICIA

INTRODUCCIÓN

Se requiere cierta educación para poder apreciar las obras de arte en sus exquisitos detalles. La persona que no ha sido aún instruida al respecto, no puede percibir de forma instantánea las variadas excelencias

de la pintura de alguna mano maestra. Tampoco imaginamos que las maravillas de las armonías del mejor cantante, capturen de un modo mágico a los oyentes ignorantes de la música. Debe de haber algo en el hombre mismo, antes de que pueda entender las excelencias del arte o la naturaleza. Ciertamente es una cuestión de carácter. Por causa de las faltas y fracasos en nuestra personalidad y nuestra vida misma, no somos capaces de entender cada belleza en particular y la perfección unida del carácter de Cristo, o de Dios el Padre. Nosotros mismos éramos puros como los ángeles del cielo. Nuestra raza en el jardín del Edén era inmaculada y perfecta. Deberíamos hacernos una idea mucho más acabada y noble del carácter de Dios, la cual no poseemos, como consecuencia de nuestra naturaleza caída. Sin embargo, no podemos dejar de ver que los hombres, debido a la alienación de su naturaleza, están malinterpretando de continuo a Dios. Son completamente incapaces de apreciar su perfección. ¿Os habéis preguntado alguna vez si Dios detuvo su mano antes de ejercer la ira? Mirad, hay quienes dicen que Dios ha cesado de juzgar al mundo, y adoptan una actitud apática e indiferente. ¿Castigó en otro tiempo Dios a los hombres por su pecado? Algunos dicen que es severo y cruel. Los hombres lo malinterpretan porque son imperfectos en sí mismos, y no tienen la capacidad de admirar auténticamente el carácter de Dios.

Esto ocurre en lo que tiene que ver con ciertas luces y sombras en el carácter del Altísimo, que Él ha combinado sabiamente y a la perfección junto con su naturaleza. Aunque no podamos ver el punto de contacto donde se unen ambas características, somos impactados con la maravilla de la armonía sagrada. Al leer las Escrituras, y en particular la vida de Pablo, vemos que se destacó por su celo hacia la obra de Dios. Pedro será recordado por su valor y osadía. Juan es admirado por su capacidad de amar. ¿Habéis notado que cuando leemos la historia de nuestro Maestro, el Señor Jesucristo, no solemos decir que fue notable por alguna virtud en particular? ¿Por qué ocurre esto? ¿Es acaso porque la intrepidez



y la osadía de Pedro crecieron de tal modo que echaron sombra sobre las virtudes de los demás? Cuando un hombre es notable en algunas áreas de su vida, casi siempre no lo es en otros campos. La absoluta y completa perfección de Jesucristo, hace que no podamos resaltar uno u otro de los rasgos de su carácter. No estamos acostumbrados a hablar de su celo, de su valor o de su amor. De Él decimos que tenía un carácter perfecto. Sin embargo, no somos capaces de percibir fácilmente donde se mezclaban las luces y las sombras de su personalidad. ¿En qué punto su mansedumbre se amalgamaba con su valor, y su amor se fundía con su resolución para denunciar el pecado? No podemos darnos cuenta de dónde convergían los distintos puntos de su carácter.

Lo mismo ocurre con Dios el Padre. Permitidme hacer las observaciones y comentarios que he hecho en mis apuntes, a causa de dos cláusulas que parecen describir atributos contrarios. Notaréis que en mi texto hay dos cosas distintas: Él es «tardo para la ira», pero «no tendrá por inocente al culpable». (Nah. 1:3). Nuestro carácter es tan imperfecto que no podemos ver la congruencia de los dos atributos. Tal vez nos preguntamos y decimos: ¿cómo es que es «tardo para la ira», pero «no tendrá por inocente al culpable»? Es porque su carácter es perfecto, pero nosotros no podemos ver estas dos características unidas la una con la otra. Su justicia es infalible, y la severidad que corresponde al dueño absoluto del universo, se combina con su amor y su encanto, su paciencia y sus tiernas misericordias. La ausencia de cualquiera de estos rasgos del carácter de Dios lo habría hecho imperfecto. La presencia de todo ellos, sella el carácter de Dios con una perfección nunca vista.

Ahora trataré de analizar y presentar estos dos atributos de Dios, y el vínculo que los conecta. El Señor es *tardo para la ira* y *grande en poder*. Tendré que demostraros como la expresión «grande en poder» se refiere a la cláusula anterior y a la que sigue, como un vínculo entre ambas. Pasaremos entonces, a considerar el próximo atributo: «No tendrá por inocente al culpable»; *un atributo de justicia*.

I. TARDO PARA LA IRA

Permitidme empezar con la primera característica de Dios. Él es *tardo para la ira*. Dejadme que os explique este atributo y luego llegaremos hasta su mismo origen. Dios es «tardo para la ira». Cuando Misericordia vino al mundo montaba en corceles alados y los ejes de su carruaje se encendían a medida que iba adquiriendo velocidad. Sin embargo, cuando llegó IRA, caminó con un paso lento y arrastrado; no tenía prisa para matar, ni era rápido para condenar. La vara de la misericordia de Dios, está siempre extendida en su mano. La espada de su justicia está guardada en su vaina. Puede sacarse con facilidad, pero hasta que llegue el momento, seguirá sujeta por su dueño, que tiene misericordia de los pecadores, y desea perdonar sus transgresiones. En el cielo Dios tiene muchos oradores, y algunos de ellos hablan con mucha rapidez. Cuando Gabriel descendió a la tierra para traer las buenas nuevas, habló rápidamente. Cuando las huestes angélicas descendieron de la gloria, volaron con alas de relámpago, mientras proclamaban: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!» (Lc. 2:14). Pero el Ángel de la Ira es un orador lento, que habla haciendo muchas pausas. Cuando está a punto de languidecer, Piedad une sus lánguidas notas, y continúa expresándose. A la mitad de su discurso, a menudo esconde su rostro, dando lugar para que Perdón y Misericordia continúen. El Señor de la ira se dirige a los hombres con el propósito de que sean llevados al arrepentimiento y reciban la paz y el amor de Dios.

Hermanos, trataré ahora de enseñaros cómo Dios es «tardo para la ira».

1. En primer lugar, me propongo probar que Él realmente es «tardo para la ira»; porque nunca castiga sin antes advertir lo que está mal. Los hombres que son coléricos y rápidos para enojarse dan una palabra seguida de un resoplido. A veces viene primero el resoplido y luego la palabra. Los reyes, en algunas ocasiones en que sus siervos se rebelaban en contra de ellos, primero les castigaban y luego les hablaban. No hacían ninguna advertencia, ni daban

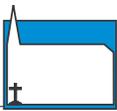


tiempo para el arrepentimiento. Tampoco les permitían permanecer dentro de la alianza del reino. Eran echados fuera para siempre. No sucede así con Dios. Él no cortará al árbol enfermo hasta que cave la tierra a su alrededor, la abone y vuelva a recuperarlo. No borrará de la faz de la tierra a aquel hombre que tiene un carácter vil, hasta que no le haya enviado sus advertencias por medio de los profetas. No ejecutará sus juicios hasta ver que no obedecen la palabra llevada por sus enviados, y les instruirá línea sobre línea y precepto sobre precepto. Dios no destruyó ninguna ciudad sin antes advertirles seriamente a sus habitantes, sobre las consecuencias de su condición de pecado y desobediencia. Mientras Lot estuviera dentro de Sodoma, la ciudad no perecería. El mundo no fue inundado con el diluvio, hasta que ocho profetas estuvieron predicando y Noé, el octavo, profetizó sobre la venida del Señor. Dios no destruyó a Nínive antes de haber mandado a Jonás. No aplastó a Babilonia hasta que los profetas llevaron su mensaje por las calles. No destruye inmediatamente al hombre, sino que primero le hace muchas advertencias. Dios advierte por medio muchas vías; por su Palabra, por una enfermedad, por métodos providenciales y por medio de las consecuencias funestas del pecado. Él no hiere de golpe y de una forma contundente, primero reprende y amonesta. En la gracia de Dios no sucede como en la naturaleza, que primero brillan los relámpagos y después viene el trueno y el rayo. Dios manda primero el trueno de su ley, seguido por el relámpago de la ejecución. El ejecutor de la justicia divina, lleva su hacha atada a un manojo de leña, porque no cortará a los hombres de la faz de la tierra, sino hasta que los haya amonestado y éstos puedan arrepentirse. Dios es “tardo para airarse”.

2. Además, nuestro Dios *es también muy tardo en advertir*. Si bien advierte antes de condenar, así y todo es lento en sus advertencias. Sus labios se mueven con ligereza cuando promete pero despacio cuando advierte o amenaza. El trueno retumba tardío, lento suenan los tambores del cielo cuando tocan la marcha fúnebre de los

pecadores; pero la música que proclama la gracia, el amor y la misericordia, tiene notas dulces y ligeras. Dios es tardo para airarse. Él no envió a Jonás a Nínive hasta que la ciudad se había convertido en un antro de inmundicia. No dijo a Sodoma que sería pasada por fuego, hasta que llegó a ser un centro de corrupción, detestable para el cielo y la tierra. Dios no inundó el mundo con el diluvio, ni aún amenazó con hacerlo, hasta el momento en que los pecadores hicieron alianzas prohibidas, llenaron la tierra de pecado y violencia, y se apartaron de Él. El Señor ni siquiera amenaza al pecador por medio de su conciencia, hasta que no ha pecado reiteradamente. Le amonestará una y otra vez, apremiándole para que se arrepienta, pero no hará que le salte a la vista el infierno con su increíble terror. Esperará a que una multitud irrefrenable de pecados hagan manifestar su ira. Él es lento aun para advertir o amenazar al pecador.

3. Pero, lo que es mejor aún, cuando Dios hace una advertencia, *¡qué lento es en sentenciar al culpable!* Una vez que le ha amonestado, diciéndole que a menos que se arrepienta recibirá el castigo, ¡cuánto tiempo le da para que se vuelva a Él! «Porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres» (Lm. 3:33). ¿Habéis meditado alguna vez en la escena del Jardín del Edén cuando el hombre cayó? Dios ya le había advertido a Adán que si pecaba, moriría. Adán pecó. ¿Se precipitó Dios en cumplir la sentencia? Dice Génesis 3:8 que Jehová *«se paseaba en el huerto, al aire del día»*. Tal vez la fruta fue tomada temprano en la mañana, o al atardecer; pero Dios no se dio prisa en condenar. Esperó casi hasta la puesta de sol, y llegó luego el fresco del día. Se presentó ante Adán, en aquellos gloriosos días en que Dios caminaba con el hombre. Le veo caminar entre los árboles muy lentamente, su pecho palpitante y con lágrimas en su rostro por tener que condenar al hombre. Por último oigo la doliente voz: *«¿Dónde estás tú?»* (Gn. 3:9). ¿Dónde has caído?, pobre Adán. Has caído de mi favor; te has arrojado a ti mismo a la desnudez y al temor, pues estabas escondiéndote. Adán, ¿dónde estabas tú? Me das mu-



cha pena. Te creíste ser Dios. Antes de condenarte te daré una palabra de piedad. Adán, ¿dónde estás tú? Sí, el Señor fue lento en enojarse y en ejecutar la sentencia, aún cuando el mandamiento había sido quebrantado y la amenaza tuvo que ser pronunciada por necesidad. Algo similar sucedió con el diluvio. Amonestó a la tierra, pero no selló la sentencia hasta darle tiempo para el arrepentimiento. Durante ciento veinte años, Noé debía predicar la Palabra y testificar a la generación rebelde e impía. Noé tenía que construir el arca. Ésta sería como un sermón perpetuo. Debía de ponerse en lo alto de un monte, esperando la inundación para poder flotar, de manera que fuera vista en lo alto y constituyera una advertencia bien clara para los impíos. ¡Oh cielos!, ¿por qué no abristeis al instante tus fuentes de agua? Dios había dicho: «He aquí yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra». ¿Por qué las aguas no subieron de inmediato? «Porque», les oigo decir con un sonido de gorgoteo, «aunque Dios había hecho una advertencia, fue lento en ejecutarla, esperando que la gente se arrepintiera y se volviera de sus pecados».

Lo mismo sucedió con Sodoma. Aún cuando la sentencia contra el pecador es firmada y sellada por el sello celestial de la condenación, Dios es lento en llevarla a cabo. La condena de Sodoma está sellada; Jehová ha declarado que será quemada con fuego. Pero Dios es lento en ejecutar el juicio. Se detiene. Los ángeles descienden a Sodoma, y ven la iniquidad que corre por las calles como un río. Sus habitantes, peores que las bestias, asechan detrás de las puertas. ¿Ha levantado ya Dios sus manos, diciendo: «infiernos, lloved desde lo alto?». No, la gente sigue con su alboroto toda la noche. Espera hasta el último momento, y entonces cuando el sol se está levantando, ordena que llueva fuego y azufre. Dios no se apresuró a ejecutar su condena. Una vez hecha la advertencia de que iba a desarraigar a los cananitas; declaró que las ciudades de los hijos de Amón serían juzgadas con fuego, y a Abraham le prometió que le daría la tierra a su simiente para siempre. Sin embargo, Él hizo permanecer a los hijos

de Israel durante cuatrocientos años en Egipto, permitiendo a los cananitas vivir en los días de los patriarcas. Aún después, cuando guió a su pueblo fuera de Egipto, lo hizo peregrinar cuarenta años por el desierto, demorando aún más el juicio sobre los cananitas. Sin embargo, «Les daré un espacio», dijo Él. «Aunque he sellado su condenación, a pesar de que su sentencia de muerte ha venido directamente del trono del Rey y debe ser ejecutada, les daré un respiro, hasta que la misericordia haya alcanzado su límite». Él esperaría hasta que las cenizas de Jericó y la destrucción de Hai indicaran que la espada debía salir de su vaina. Entonces Dios despertaría como un hombre poderoso y fuerte, lleno de ira. Jehová es lento en ejecutar la sentencia, aún cuando ésta ya haya sido firmada.

4. ¡Ah, mis amigos!, un pensamiento funesto ha atravesado mi mente. Hay algunos hombres que todavía están vivos, y permanecen ahora bajo sentencia. Creo que la Escritura me lleva a una temible reflexión a la que quiero hacer alusión. Hay algunos hombres que están condenados antes de ser finalmente inculcados. Hay personas cuyos pecados van a juicio primero que ellos y son entregados a una conciencia cauterizada, preocupando a aquellos de quienes se dice que el arrepentimiento y la salvación son imposibles. Algunos pocos individuos en el mundo, son como aquel personaje en la novela de John Bunyan, que estaba dentro de una jaula de hierro y nunca pudo salir. Se asemejan a Esaú; no hallan lugar para el arrepentimiento, a pesar de que, contrariamente a él, no lo buscan porque, si lo hicieran, lo encontrarían. Existen muchos que han cometido el «pecado de muerte», por quienes no se puede orar, como vemos en 1 Juan 5:16b: «Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida». Pero ¿por qué, por qué no están ya en las llamas del infierno? Si van a ser condenados, si la misericordia ha cerrado los ojos para siempre sobre ellos y nunca les extenderá su mano de ayuda, ¿por qué no son barridos y cortados de la tierra de una vez? Porque Dios ha establecido: «No tendré misericordia sobre ellos, pero les dejaré vivir un poco más



de tiempo, pues soy reacio a ejecutar la sentencia y los eximiré hasta que se cumplan los años que un hombre debe vivir. Les permitiré tener una larga vida aquí, pues tendrán una eternidad llena de ira y maldición para siempre». Sí, dejadles tener un poco de placer aquí, pues su fin será terrible». Pero que tengan cuidado, porque aunque Dios es lento para enojarse, cuando llega el momento lo hará. Si el Señor no fuera lento para la ira, ¿no habría ya fulminado nuestras ciudades, rompiéndolas en mil pedazos y barriéndolas de la faz de la tierra? Las iniquidades de estas ciudades son tan grandes, que si Dios las desarraigara y las tirara al mar, se lo merecerían. Por la noche, nuestras calles presentan un espectáculo de vicio que es difícil de igualar. Creo que no habrá sobre la tierra una nación que tenga una capital tan corrompida e inhumana como es nuestra ciudad de Londres. Señoras y señores; permitís que os digan ciertas cosas al oído, de las cuales vuestra modestia debería de avergonzarse. Hay espectáculos públicos vergonzosos. Ya es lo suficientemente malo que en *La Traviata* se oigan cosas acerca del sexo y diversas obscenidades; pero que las mujeres de las esferas de más alto refinamiento y mejor gusto, lo toleren y aprueben ya es intolerable. Caballeros de Inglaterra, dejáis que los pecados de los teatros de ambientes bajos de nuestro país escapen sin vuestra censura. La más baja bestialidad infernal de una casa de juegos y los teatros de la ópera, están casi al mismo nivel. Pensaba que con las pretensiones de piedad que tiene esta ciudad y las críticas que ha tenido de la prensa, (una prensa muy poco religiosa), no serían tan indulgentes con sus bajas pasiones. Pero, por haber dorado la píldora, ya habéis sorbido el veneno. ¡Vuestra conducta está llena de concupiscencias, es engañosa y abominable! Lleváis a vuestros hijos a escuchar lo que ni vosotros mismos deberíais haber escuchado. Os sentáis en medio de una compañía grande y alegre, a escuchar cosas de las cuales vuestra decencia debería revolverse. Aunque la marea de la impiedad os tenga por el momento engañados y engullidos, aún albergo un rayo de

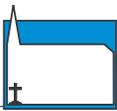
esperanza. ¡Ah! sólo Dios sabe de la maldad secreta de esta gran ciudad. Se necesitaría una voz fuerte como una trompeta; un profeta que grite a gran voz: «Haced sonar la alarma, hacerla sonar en esta ciudad, porque el enemigo se ha agigantado sobre nosotros». El poder del maligno es enorme, y a menos que Dios ponga su mano y haga dar marcha atrás el torrente de perdición que baja por nuestras calles, vamos rápidamente camino de la perdición. Pero Dios es lento para airarse, y todavía no ha desenvainado su espada. La ira ha dicho ayer: «¡desenváinate, espada!», y la espada se ha sacudido en su vaina. Pero la misericordia puso su mano sobre la vaina y dijo: «Quédate quieta espada, ¡atrás! La ira ha dado un golpe con el pie contra el suelo, diciendo: ¡Despierta, despierta espada!». Cuando casi había sacado a relucir su filo, Misericordia volvió a decirle: «¡atrás, atrás!», y la aseguró en su envoltura. Allí duerme todavía, pues el Señor es «... Lento para la ira, y grande en misericordia» (Sal. 145:8).

5. Ahora voy a *explorar este atributo de Dios hasta su origen*, ¿por qué Él es lento para la ira? Lo es porque *Dios es infinitamente bueno*. Su nombre es bueno. Su naturaleza también lo es, porque Él es lento para la ira.

Repito, Dios es lento para la ira *porque Él es grandioso*. En general, los seres pequeños son rápidos para enojarse. El perrito malhumorado ladra a cada una de las persona que pasa frente a él. Pero el león y el búfalo están acostados, tranquilos en la hierba y son lentos para mostrar su fiereza. El Señor es lento para la ira, porque es grande en poder.

II. GRANDE EN PODER

Veamos ahora la relación del vínculo del que hablábamos anteriormente. Una poderosa razón por la cual Dios es lento para airarse es porque es *grande en poder*. Éste es un vínculo que conecta esta parte del tema y la última, por lo que ruego vuestra atención. Insisto: esta expresión, *grande en poder*, conecta la primera frase con la última, y lo hace de esta manera. El Señor es tardo para airarse, y lo es porque es grande en



poder. «¿Cómo dice usted eso?», me diréis. Pues porque el que es grande en poder, tiene poder sobre sí mismo, y el que puede mantener su temperamento bajo control y someter a su propia persona, es más grande que el que gobierna una ciudad, o conquista una nación. Ya hemos visto cómo Dios despliega su poder en el trueno que nos alarma y en el relámpago, cuya luz nos sobrecoje. Él abre las puertas del cielo y vemos su brillo cegador; y luego las vuelve a cerrar en un momento sobre la tierra polvorienta. Lo que nos parece tan impresionante no es sino una muestra del enorme poder que Él tiene sobre sí mismo. Cuando el poder de Dios hace que se restrinja a sí mismo, es verdadero poder; porque es el poder que controla al mismo poder, el poder que ata a la omnipotencia. Es, sin duda, un poder excelente. Dios es grande en poder y por tanto, puede guardar el enojo. Un hombre con una mente fuerte puede soportar que lo insulten y cargar con varias ofensas, porque es fuerte. La mente débil salta y se enoja a la menor provocación. La mente fuerte lo sobrelleva todo como una roca; no se mueve aunque reciba mil golpes. Dios marca a sus enemigos y sin embargo no se mueve. Se queda quieto y deja que le maldigan sin montar en cólera. Si Dios fuera menos de lo que es y tuviera menos poder del que le conocemos, habría enviado todos sus rayos y truenos sobre la tierra hasta vaciar los depósitos de los cielos. Las potentes minas de energía y combustible que Él ha puesto dentro del subsuelo terrestre, harían explotar el planeta en miles de estallidos. Todos nosotros volaríamos por los aires; seríamos consumidos y al final destruidos. Bendicimos a Dios que la grandeza de su poder es justamente nuestra protección; él es tardo en airarse porque es grande en poder.

Ahora no tendré dificultad en demostraros cómo este vínculo se une a sí mismo con la próxima parte del texto. «Jehová es tardo para la ira y grande en poder, y no tendrá por inocente al culpable» (Nah. 1:3). Esto no necesita ser demostrado por medio de palabras, no tengo más que tocar los sentimientos, y lo veréis. La grandeza de su poder es una seguridad, y una seguridad de

que Él no tendrá por inocente al culpable. ¿Quién de vosotros puede mirar una tormenta como la que tuvimos el viernes pasado sin que los pensamientos sobre vuestros pecados se revolvieran en vuestro seno? Cuando brilla el sol y el tiempo está bueno, los hombres no piensan en Dios como el sancionador, o en Jehová como el vengador. Sin embargo, en días de gran tempestad, ¿quién de nosotros no palidece de miedo? Sin embargo, ocurre que algunos creyentes muchas veces se regocijan en estas tormentas y dicen: «mi alma está en paz en medio de este espectáculo de la tierra y el cielo. Yo me regocijo en él. Es un gran día en la casa de mi Padre, un día en que hay gran fiesta en los cielos».

«El Dios que reina en las alturas,
y lanza los truenos cuando le place,
que cabalga sobre los cielos
tormentosos,
y gobierna los mares,
Este terrible Dios es nuestro,
nuestro Padre y nuestro amor,
Él hará descender sus poderes
celestiales,
para llevarnos a Él.

Pero el hombre que no tiene una buena conciencia estará alarmado hasta cuando las maderas de su casa crujan. Los fundamentos de la tierra parecen gemir. ¡Ah!, ¿quién es el que no tiembla? Sus árboles están desgajados por el medio. Un rayo ha abierto sus troncos y allí yacen malditos para siempre, una muestra de lo que Dios puede hacer. ¿Quién estuvo allí y los vio? ¿Fue un blasfemo? ¿Blasfemó allí mismo? ¿Era alguien que quebrantó el día de reposo? ¿Era un arrogante? ¿Despreció a Dios? ¡Oh, cómo se sacudía entonces y temblaba! ¿No habéis visto sus pelos de punta? ¿No se palidieron al instante sus mejillas? ¿No cerró sus ojos y caminó horrorizado hacia atrás al ver ese terrible espectáculo; temiendo que Dios hiciese lo mismo con él? Sí amigos, cuando se ve el poder de Dios en la tempestad, ya sea en la tierra o en el mar, en el terremoto y en el huracán, es una prueba de que Él no dejará escapar a los malvados. Yo no sé cómo explicar esta clase de sentimiento, pero sin embargo es la



verdad. Los majestuosos despliegues de la omnipotencia, tienen un efecto convincente aún en la mente más dura. Dios, que es tan poderoso, «no tendrá por inocente al culpable». Amigos, así os he tratado de explicar y simplificar la función de este vínculo.

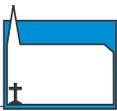
III. JUSTICIERO

El último atributo, y el más terrible, es que «no tendrá por inocente al culpable» (Nah. 1:3). En primer lugar, permitidme que desdoble estas palabras para daros una explicación más clara; y luego trataré ir a su origen como hice con el primer atributo.

Dios «no tendrá por inocente al culpable». ¿Cómo puedo probar ésto? Lo haré de la siguiente manera: El Señor nunca ha perdonado un pecado que quedara sin castigo. A través de todos los siglos de la historia, Dios nunca ha borrado un pecado sin que éste haya recibido primero su castigo. ¿Qué? preguntaréis vosotros, ¿las personas que están ya en el cielo no han sido perdonadas? ¿O no hay muchos transgresores perdonados, que han escapado sin castigo? Él ha dicho: «Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados» (Is. 44:22).

1. Sí, es muy cierto, y mi aseveración también lo es; ni uno solo de esos pecados que han sido perdonados quedaron sin castigo. ¿Me preguntáis cómo y por qué algo así puede ser verdad? Os señalo a la atroz escena del Calvario. El castigo que no cayó sobre el pecado perdonado, cayó allí. La nube de justicia fue cargada con fiero granizo. El pecador lo merecía; descendió sobre él, pero, por todas estas cosas, cayó y consumió su furia; cayó allí, en la gran reserva de miseria; y cayó en el corazón del Salvador. Las plagas, los azotes, que deberían caer sobre nuestra ingratitud, no cayeron sobre nosotros, sino en algún otro lugar, y ¿quién fue el que las recibió? Dime Getsemani; ¡Oh dime cumbre del Calvario!, ¿quién fue azotado?. La doliente respuesta llega; «Eli, Eli, ¿lama sabactani?» (Mat. 27:46). «Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado?» Es Jesús, sufriendo todos los castigos del pecado. La transgresión es perdonada, Aunque el pecador es liberado.

2. Pero, diréis vosotros, esta no es una prueba muy definitiva de que «no tendrá por inocente al culpable». Yo sostengo que sí lo es, y de una forma muy clara. Pero, ¿queréis una prueba más convincente de que Dios no tendrá por inocente al culpable? Entonces, necesito guiaros a través de una larga lista de terribles maravillas que Dios ha escrito; las maravillas de su venganza. ¿Debo mostraros el Edén arruinado? ¿Queréis que os permita ver a un mundo ahogado y los monstruos marinos saltando en la inundación y metiéndose en los palacios de los reyes? ¿O tal vez deberíais escuchar el grito final del último hombre que se está ahogando en el diluvio, después de haber sido barrido por una enorme ola de un mar que no tiene orilla? ¿Queréis que os haga ver la muerte montando sobre la cresta de una ola, triunfando porque ha conseguido llevar a cabo su propósito. Todos los hombres han muerto, salvándose solamente aquellos que están en el arca? ¿Necesito mostraros a la ciudad de Sodoma, con sus habitantes aterrados, cuando el volcán de la poderosa ira derramó fuego y azufre sobre ella? ¿Queréis que os enseñe la tierra abriendo su boca y tragando a Coré, Datán y Abirán? ¿Necesito llevaros a las plagas de Egipto? ¿Debo de repetir el grito de muerte del Faraón, y cómo se ahogaban todas sus huestes? Seguramente, no necesitáis que os mencione las ciudades que están en ruinas o las naciones que han sido cortadas de la faz de la tierra en un día. Sabéis bien que Dios en su disgusto e ira, ha sacudido la tierra de un lado para el otro y ha derretido montañas. No, tenemos suficientes pruebas en la historia y en la Escritura, de que «Dios no tendrá por inocente al culpable». Sin embargo, si queréis la mejor de las pruebas, deberíais montar en las negras alas de una miserable imaginación, y volar más allá del mundo, al oscuro terreno del caos; lejos, muy lejos, donde las batallas de fuego están centellando con una luz hórrida. Debéis ir con la seguridad del espíritu, volando hasta encontrar al gusano que nunca muere, el abismo que no tiene fin, para ver el fuego que nunca se apaga y los gritos y gemidos de los hombres que se han alejado de Dios



para siempre. Si os fuera posible oír los gruñidos, los chillidos y quejidos de las almas allí torturadas, y luego volver a este mundo, petrificados de horror, entonces diríais, ciertamente «Dios no tendrá por inocente al culpable». ¿Sabéis una cosa? El infierno es el argumento del texto. Que nunca tengáis necesidad de probar el texto sintiendo en vosotros mismos el desdoblamiento de estas palabras: "Dios no tendrá por inocente al culpable".

3. Ahora, *llevaremos este terrible atributo a su origen*. ¿Por qué lo hacemos? Repetimos; Dios no tendrá por inocente al culpable, *porque Él sea bueno*. ¿Qué? ¿Acaso la bondad de Dios demanda que los pecadores sean castigados? Así es. El Juez, porque ama a su nación, debe condenar al criminal. «No puedo dejarle ir libre y no debo hacerlo, porque si lo hiciera, usted saldría a matar a otras personas que pertenecen a este país. No puedo ni debo dejarle en libertad, he de de condenarle desde la parte más sensible de mi naturaleza». La bondad de un rey demanda el castigo de aquellos que son culpables. En la legislatura no es malicioso hacer leyes severas contra los grandes pecadores, se hacen por amor hacia el resto de los hombres, pues el pecado debe ser refrenado. Las grandes compuertas, que contienen el torrente del pecado, están pintadas de negro, y parecen las horribles paredes de un calabozo. Me hacen estremecer en mi espíritu. Pero, ¿son acaso pruebas de que Dios no es bueno? No señores, si se pudieran abrir de par en par esas compuertas y dejar que el diluvio del pecado nos cubra, entonces los hombres gritarían: «¡Oh Dios, oh Dios!», cierra las puertas del castigo con sus goznes. ¡Cierra esas puertas para que este mundo no pueda ser nuevamente destruido por personas que se han convertido en seres peores que las bestias. Por causa de la bondad, es necesario que el pecado sea castigado. Misericordia, con sus ojos llorosos, (pues ella ha llorado por los pecadores), cuando ve que no se van a arrepentir, parece más severa que la Justicia en toda su majestad. Deja caer de su mano la bandera blanca y dice: «No, yo les llamé y rehusaron venir. Extendí mi mano, y nadie

la consideró. Dejadles morir, dejadles morir». Y esa terrible palabra que pronuncia Misericordia es un trueno más potente que la misma maldición de Justicia. ¡Oh, sí! la bondad de Dios demanda que si pecan, los hombres deben morir eternamente.

Además, *la justicia de Dios lo demanda*. Dios es infinitamente justo, y su justicia demanda que los hombres sean castigados, a menos que se vuelvan a Él con todo el propósito de su corazón. ¿Necesito pasar por todos los tributos de Dios para probarlo? Creo que no será necesario. Todos nosotros debemos creer que el Dios que es tarde para la ira y grande en poder, está también seguro de que no considerará inocente al culpable. Y ahora un diálogo personal contigo, querido amigo. ¿Cuál es tu estado en esta mañana? Hombre o mujer que estás aquí; ¿cuál es tu estado? ¿Puedes mirar al cielo y decir: «Aunque he pecado en gran manera, sé que Cristo ha sido castigado en mi lugar».

«Mi fe mira atrás y ve

La carga que Él soportó

Cuando colgando de aquella cruz,

Mis pecados y mi culpa Él cargó».

¿Puedes tú, con una fe humilde, mirar a Jesús y decir: «mi sustituto, mi refugio, mi escudo; tú eres mi roca, mi confianza, en ti yo confío?». Entonces amado, no tengo nada que decirte, salvo esto: nunca tengas miedo al ver el poder de Dios, pues ahora estás perdonado y aceptado. Por medio de la fe has volado a Cristo como tu refugio. El poder de Dios no necesita aterrarte ya más, así como el escudo y la espada del guerrero no aterran a su mujer e hijo. «No, dice su mujer, ¿Es él fuerte? Lo es para mí. ¿En su brazo musculoso, y sus nervios rápidos y fuertes? Son rápidos y fuertes para mí. Mientras él viva, los extenderá sobre mi cabeza. Por cuanto su espada puede vencer a los enemigos, también puede vencer a los que están contra mí, y rescatarme». Estad gozosos y no tengáis miedo de su poder.

CONCLUSIÓN

Pero, ¿has acudido alguna vez a Cristo como refugio? ¿No crees en el Redentor? ¿Le has confiado alguna vez tu alma en sus



manos? Entonces, amigos míos, oídme, en el nombre de Dios, oídme solo un momento. Amigo mío, no estaría en tu posición siquiera por una hora. ¿Por qué mantienes esa posición? Has pecado, y Dios no te tendrá por inocente; por el contrario, te castigará. Ahora te está dejando vivir, pero estás reservado para la condenación. ¡Pobre de aquel que está reservado sin tener el perdón! Tu reserva pronto se acabará; tu reloj de arena se está vaciando cada día. En algunos de vosotros la muerte ya ha puesto su fría mano, y ha emblanquecido vuestros cabellos. Necesitas de un apoyo, de tu bastón, él es ahora la única barrera entre tú y la tumba. Y todos vosotros, ancianos y jóvenes, estáis en un estrecho trozo de tierra, el istmo de la vida, estrechándose cada vez más; y tú, tú, y tú estáis sin perdonar. Hay una ciudad que será saqueada, y tú te hallas dentro de ella. Los soldados se encuentran a las puertas, se da la voz de mando para que cada hombre que está en la ciudad se salve de la muerte dando la contraseña. «Dormid, dormid, hoy no será el ataque». «Pero será mañana, señor». «¡Ay!, dormid, dormid; no será sino hasta mañana; retrasadlo, retrasadlo». «Puedo oír el tambor a las puertas de la ciudad. El ariete se está acercando. Las puertas se están sacudiendo.» «Dormid, dormid, los soldados no han llegado aún a las puertas; seguid durmiendo, todavía no pidáis misericordia.» «¡Ay!, pero oigo el sonido del clarín. ¡Qué horror! los gritos desesperados de los hombres y las mujeres! Los están matando; caen, caen al suelo». «Duerme, duerme, todavía no estás a tu puerta; pero, ¡cielos!, están a las puertas, con pasos lentos pero fuertes, oigo a los soldados marchar escaleras arriba». «No, puedes seguir durmiendo, aún no han llegado a tu habitación». «¡Pero mirad, han abierto la puerta de pronto. Es la puerta que os separa de ellos, y allí están!» «No, duerme todavía, duerme; la espada no está aún en tu cuello, duerme, duerme». Ahora sí, está en tu garganta, y la miras horrorizado. Duerme, duerme. ¡Pero te has ido! «Demonio, ¿por qué me dijiste que me quedara quieto? Hubiera sido conveniente escapar de la ciudad cuando las puertas eran sacu-

didadas por primera vez. ¿Por qué no pedí la palabra de contraseña antes de que entraran las tropas? ¿Y por qué no salí corriendo por las calles, y grité la contraseña cuando los soldados estaban allí? ¿Por qué me quedé hasta que la espada estuvo en mi garganta?» «Ay, demonio que eres, maldito seas; ¡pero yo estaré maldito junto contigo para siempre!». Sabéis la aplicación de este drama. Es una parábola que todos vosotros podéis exponer. No necesitáis que yo os diga que la muerte os sigue los pasos, que la justicia quiere devoraros, y que Cristo crucificado es la única contraseña que os puede salvar, pero que todavía no habéis aprendido. Para alguno de vosotros, la muerte se está acercando, acercando cada vez más, y está cerca de todos vosotros. No necesito exponeros y explicaros que Satanás es el demonio. ¡Cómo le maldeciréis a él y a vosotros mismos en el infierno por habernos retrasado! ¿Cómo, viendo que Dios era tardo para la ira, habéis sido vosotros tan tardos para el arrepentimiento? Dios es grande en poder, y Él no daba de inmediato salida a su ira. Por eso retrasasteis vuestros pasos y no le buscasteis; y ¡he aquí que estáis donde estáis!

Espíritu de Dios, ¡bendice estas palabras y hazlas llegar a las almas para que puedan ser salvas; que hoy mismo, algunos pecadores sean traídos a los pies del Salvador, y supliquen su misericordia! Te lo pedimos en el nombre de Jesús. Amén.

2. DIOS, QUIEN TODO LO VE

«El Seol y el Abadón están delante de Jehová; ¡cuanto más los corazones de los hombres!» (Proverbios 15:11).

INTRODUCCIÓN: La omnisciencia divina.

I. UN GRAN HECHO DECLARADO

1. Infierno o muerte.

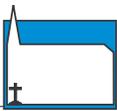
a) Dios sabe donde yacen sus hijos

b) Dios conoce el destino de cada cual

2. Destrucción o infierno.

II. EL GRAN HECHO INFERIDO

1. ¿Por qué?



- a) Los corazones están abiertos ante Él
2. ¿Cómo conoce Dios el corazón?
- a) Dios pruebe y examina
3. ¿Qué?
- a) Dios ve el corazón del hombre
4. ¿Cuándo?
- a) En todo momento y lugar

CONCLUSIÓN: Dios lo ve todo.

DIOS, QUIEN TODO LO VE

INTRODUCCIÓN

A menudo os habéis reído ante la ignorancia de los paganos que se inclinan delante de los dioses de madera y piedra. Tal vez citasteis las palabras de la Escritura: “Que tiene ojos y no ve, que tiene oídos y no oye” (Jer. 5:21). Por lo tanto, habéis testificado que no pueden ser dioses en absoluto, porque no ven ni oyen, ni hay en ellos una pizca de vida. No os imaginabais cómo esos hombres podían degradar su entendimiento haciendo de esas cosas objetos de adoración. ¿Puedo haceros solamente una pregunta? Vuestro Dios puede ver y oír, ¿sería vuestra conducta diferente en algún aspecto si tuvierais un Dios como los que adoran los paganos? Suponed por un minuto que Jehová, pudiera ser (aunque es casi blasfemo suponerlo) herido con ceguera, de modo que no viera las obras de los hombres ni conociera sus pensamientos. ¿No os volveríais más descuidados en vuestra conducta, de lo que sois ahora? En nueve de cada diez casos, y tal vez en una más grande y lamentable proporción, la doctrina de la Omnisciencia Divina, si bien es recibida y creída, no tiene efectos prácticos en nuestras vidas. La mayoría de la humanidad se olvida de Dios; hay naciones enteras que conocen su existencia y creen que Dios les ve, y sin embargo viven como si no lo vieran. Mercaderes, granjeros, dueños de tiendas, de campos, esposos con sus familias, esposas y amas de casa, viven como si Dios no existiera; como si no hubiera ningún ojo observándoles, ningún oído que oyera la voz de sus labios y ninguna mente eterna que atesorara la recolección de sus actos. ¡Ah,

somos ateos prácticos, pero aquellos de nosotros que nacimos de nuevo y hemos pasado de muerte a vida, no deberíamos serlo. Multitudes de hombres no serán nunca afectados por este cambio, seguirían viviendo de la misma manera que ahora con sus vidas tan vacías de Dios en sus caminos, que su ausencia no les afectará en ningún aspecto. Permitidme entonces, en esta mañana, con la ayuda de Dios, despertar vuestros corazones y que Él me asegure que mis palabras puedan quitar algún ateísmo práctico de entre vosotros. Trataré de presentaros a Dios como el que todo lo ve, y grabar en vuestras mentes el tremendo hecho de que siempre estamos siendo observados por el Todopoderoso.

En nuestro texto tenemos, primero de todo, un gran hecho declarado “El Seol y el Abadón están delante de Jehová” (Pr. 15:11). En segundo lugar, tenemos un gran hecho inferido «¡Cuánto más los corazones de los hombres!»

I. UN GRAN HECHO DECLARADO

Comenzaremos con el gran hecho declarado un hecho que nos provee con las premisas de donde deducimos la conclusión práctica de la segunda frase «¡Cuánto más los corazones de los hombres!» La mejor interpretación que le podéis dar a esas dos palabras infierno y destrucción, creo que está comprendida en una frase como esta: «La muerte y el infierno están delante del Señor». El estado separado de los espíritus que han partido, y la destrucción, Abadón, como lo dice en hebreo, el lugar de tormento, son ambos solemnemente misteriosos para nosotros, pero suficientemente manifiestos para Dios.

1. Primero pues, la palabra que aquí se traduce como infierno puede ser también ser traducida como muerte, o el estado de los espíritus que han partido. Ahora bien, la muerte, con todas sus solemnes consecuencias, es visible ante el Señor. Entre nosotros y el más allá de los espíritus que han partido, hay una gran nube negra. Aquí y allá, el Espíritu Santo ha hecho como si fueran grietas en la pared de separación, por medio de la cual podemos ver por la fe, que



Él nos ha revelado por medio del Espíritu, “cosas que ojo no vio, ni oído oyó, y que están fuera del alcance del intelecto humano”. Sí, lo que sabemos es muy poco. Cuando los hombres mueren, su estado más allá del área de nuestro entendimiento; pero Dios entiende todos los secretos de la muerte. Vamos a dividir este tema en varios puntos y a numerarlos.

a) Dios sabe donde están enterrados los suyos. Él conoce también el lugar de reposo del hombre que es enterrado sin una tumba, como el que se levanta sobre él un enorme mausoleo. Él sabe del viajero que cayó muerto en el desierto, cuyo cuerpo es presa de los buitres, y cuyos huesos son blanqueados por el sol. También conoce al marinero que naufragó lejos en el mar, y sobre cuyo cuerpo no se entonó ningún cántico fúnebre, excepto el ulular de los vientos y el murmullo de las olas. Los miles que han muerto en batallas, los que han muerto solos en medio de espesos bosques, de mares helados y tormentas de nieve; todos éstos y los lugares de sus sepulcros son conocidos por Dios. Esa gruta silenciosa dentro del mar donde las perlas yacen en su lecho profundo, y donde duerme el casco del barco hundido, está marcado por Dios como el lugar de reposo de uno de sus redimidos. Aquel sitio al costado de la montaña, un desfiladero profundo, en el cual el escalador cayó y fue sepultado por una tormenta de nieve, está marcado en la mente de Dios como la tumba de un integrante de la raza humana. Ningún cuerpo, ya sea que haya sido enterrado o no, está fuera del conocimiento de Dios. Bendito sea su nombre, si muero y caigo donde duermen los rudos antepasados de la aldea, en algún rincón oculto del cementerio de la Iglesia, será reconocido por mi glorioso Padre. Para Él es lo mismo que si fuera enterrado en la catedral, donde los bosques de pilares góticos están erectos, y donde las alabanzas saludan perpetuamente a los cielos. Dios conocerá mi lugar como si hubiera sido enterrado con música sacra y sobria solemnidad. Dios no se olvida de los lugares donde yacen enterrados sus hijos. Moisés descansa en un lugar que ningún ojo humano ha visto.

Dios despidió su alma y le enterró Él mismo donde Israel nunca pudiera encontrarle. Pero Él sabe donde duerme Moisés, y sabe también donde están escondidos todos sus hijos. Vosotros no me podéis decir dónde está la tumba de Adán, ni tampoco el lugar donde reposa el cuerpo de Abel. ¿Hay algún hombre capaz de descubrir dónde está la tumba de Matusalén y esos longevos moradores de antes del diluvio? ¿Quién puede decirnos dónde reposa el cuerpo de José? ¿Puede alguno de vosotros descubrir las tumbas de los reyes o marcar el lugar exacto donde descansan en su solitaria grandeza David y Salomón? No, esas cosas están más allá del conocimiento humano. No sabemos donde está enterrado el personaje más grande y poderoso del pasado; pero Dios sí lo sabe, pues la muerte y el hades están abiertos ante Él.

b) Más aún; no solo Él sabe dónde están sus hijos enterrados, sino que conoce el destino y la historia de ellos después de la muerte o la sepultura. A menudo los infieles hacen esta pregunta: «¿Cómo puede ser restaurado el cuerpo de un ser humano cuando quizás haya sido comido por un canibal o devorado por las bestias salvajes?» Nuestra sencilla respuesta es que si Dios quiere, puede hacer volver cada átomo a su lugar. No pensamos que para que haya resurrección es necesario que se produzca tal cosa, pero si Él quisiera, podría traer los átomos correspondientes a cada cuerpo que ha muerto, aunque hayan pasado por la más complicada maquinaria de la naturaleza y hayan experimentado cualquier clase de transformación. Aún así, Dios tiene el nivel de conocimiento más que suficiente para saber dónde está cada átomo, y dentro del poder de su omnipotencia le corresponde llamar a cada uno de ellos dónde estén y restaurarlos a su propia esfera, reconstruyendo el cuerpo del cual formaban parte. Nosotros no podemos seguir la trayectoria de aquello que se ha desintegrado. Enterrado con sumo cuidado, preservado con la más escrupulosa reverencia, los años han pasado y el cuerpo del monarca, que ha dormido bien guardado y protegido, es alcanzado al fin por el deterioro del tiempo. El